



22 de abril de 1881

Las virtudes que son el principio de la resurrección de la carne.

Santa María Eugenia de Jesús

Mis queridas hija:

Estamos ya en el tiempo de Pascua y de Resurrección. Después de meditar largo tiempo los sufrimientos de Nuestro Señor Jesucristo, que debe ser la meditación habitual del alma cristiana y religiosa, conviene elevarse en la alegría de la Pascua con el pensamiento de la Resurrección, primero de la de Nuestro Señor, después de la nuestra.

La Resurrección de nuestro Señor, y por consiguiente la nuestra, es el gran misterio de la fe. Comprenderlo es imposible; debemos, pues, creer que esta carne corruptible, que es comida por los gusanos y se convierte en polvo en el sepulcro, que esta carne resucitará glorificada, y decir, con aquel hereje convertido por San Gregorio, que gritó en el momento de la muerte, teniendo la piel en la mano: "Sé que resucitaré en esta carne, sé que veré a mi Dios, que veré la carne tan bella, tan pura, tan radiante de aquel que me redimió en esta misma carne, que me restituirá por su omnipotencia. "

Esto es un acto de fe. En el Rosario, cuando llegamos al misterio de la Resurrección, la gracia que pedimos es la fe. San Pablo decía: *Si Jesucristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación*¹. En esto nos apoyamos, en esto creemos. Podría insistir más en esta fe, pero me inclino a hablaros de las virtudes que parecen ser el principio de esta resurrección.

No hablo de las virtudes del alma, sino de ciertas virtudes que parecen pertenecer más particularmente a la carne. Puesto que estas virtudes brillaron en nuestro Señor, es bueno detenerse un momento en ellas. Cada una de vosotras ha mencionado en primer lugar la pureza. Es bueno adorar esta pureza infinita de nuestro Señor Jesucristo, que resplandecía en su cuerpo y en todas sus acciones. Añado enseguida la modestia a la pureza, porque san Agustín nos dice:

No digas que tu intención es pura si tu exterior no es modesto.

Imaginad, pues, el aspecto exterior de nuestro Señor: aquella adorable modestia dentro de aquella adorable bondad, aquella resplandeciente pureza que manaba de él, que era su belleza, su gracia, todo su encanto, y que atraía a las almas. Mirad entonces hacia vosotras mismas y deciros: "Esta carne que llevo debe resucitar, este cuerpo debe resucitar. Debe, pues, revestirse de ese incomparable resplandor de pureza que aparece en la modestia, en la paz, en la mansedumbre, en el orden perfecto establecido en el hombre."

Lo que es contrario a la pureza del cuerpo es todo tipo de pecado, incluso los pecados veniales más leves. Hay algunos que no pueden ser nombrados en la asamblea de los santos, y para los cuales el aborrecimiento, la separación, la eliminación más completa

¹ 1 Co 15, 14

por el pensamiento mismo es la mejor salvaguardia. Pero hay dos que se pueden nombrar en la asamblea de los santos: la gula y la pereza. Son dos pecados de la carne, y pienso que es muy difícil no caer un poco en ellos.

Ya que los Trapenses, que tienen una dieta muy ordinaria en la que no hay nada que halague el gusto, se acusan a menudo de gula, los demás bien podemos mirar a ver si no nos estamos entregando a actos de gula. Es muy difícil escapar. O disfrutamos o detestamos lo que comemos, y este sentimiento es a veces muy fuerte. Pues bien, ir en contra de esta repugnancia, dejarse guiar por la razón, tomar lo necesario para mantener las fuerzas, resistirse a un cierto placer, es un acto continuo de virtud, y uno de los actos por los que conservas tu cuerpo y tu carne extremadamente puros a los ojos de Dios. Los antiguos Padres del Desierto decían que quien no sabe vencerse de este modo no es fuerte contra el demonio en los pecados que no se pueden nombrar. San Felipe de Neri, que era menos severo, decía que quien no sabe mortificar su boca no hará nada en la vida espiritual.

Tomemos ahora la pereza. Es otro ataque difícil de resistir. ¿Quién no es perezoso de un modo u otro? Hacemos más fácilmente lo que nos agrada que lo que no nos agrada. Si tienes que escribir tres cartas, empiezas por la que te cuesta menos esfuerzo. La pereza se manifiesta de muchas maneras. Se desliza en el trabajo descuidado. Se desliza en el horario, del que no somos tacañas. Eres perezosa cuando te levantas y perezosa cuando te acuestas. Por último, puedes hacer este examen mejor que yo.

También hay cierto orgullo en el cuerpo. Incluso en los estados más santos -aunque de forma muy limitada- encontramos personas que conceden cierto valor a las ventajas externas que pueden tener. Hay satisfacción en ser agradable a la vista. También se siente cierto placer (contrario a la pureza perfecta del cuerpo y del alma) en ser querida por las hermanas o las niñas, ser objeto de cierta preferencia, de una atracción natural y humana que se dirige, no a la devoción que mostramos a las almas, ni a la piedad de la que damos ejemplo, sino a lo exterior o a ciertas cualidades divertidas o simpáticas. Es mezquino², hermanas mías, y hay en este orgullo de la carne algo que no corresponde a la admirable pureza con que se revistieron Jesucristo y la Santísima Virgen, y con que enseñaron a los santos a revestirse según su ejemplo.

Meditando en la Resurrección de Nuestro Señor, le vemos ahora con todas las cualidades del cuerpo glorioso. Él vela su resplandor, porque los ojos humanos no podrían soportarlo. Su cuerpo ya es glorioso, está en todo el esplendor de la pureza y de la separación de las criaturas. Esta palabra dice mucho: notad que, durante los cuarenta días que siguieron a la Resurrección, nuestro Señor se comunicó muy poco con las criaturas. Vivió apartado. Venía y se retiraba. Vino siempre por razones de fe y de misericordia. Vino a hacer obispos y sacerdotes, a instituir los sacramentos, a constituir su Iglesia.

Todavía no estaba en el cielo, pero se retiraba en la oración, en su gloria, en su santa pureza, en ese estado que no corresponde a la vida de los pecadores aquí abajo, pero que corresponde más a la vida religiosa, como dice Bourdaloue. La religiosa aparece a los hombres. Tiene relaciones más o menos frecuentes con los hombres. Pero siempre que lo hace, debe llevarles algo de Dios y luego retirarse a ese estado de separación de las criaturas que es su estado propio.

Meditad en todo esto y pedid a Nuestro Señor que la pureza de vuestra alma produzca la pureza de vuestro cuerpo. Que este cuerpo, que es vuestro compañero y vuestro servidor aquí en la tierra, que en la eternidad debe participar de la alegría del alma y aumentarla, que un día debe brillar con todo el resplandor propio de una virgen, de una

² "Inferior": palabra empleada por madre María Eugenia.

esposa de Jesucristo, de una reina -pues son reinas las esposas de Jesucristo-, que este cuerpo, digo, se mantenga en paz, modestia y penitencia en unión con nuestro Señor.

En efecto, todo lo que os he dicho es imposible sin el espíritu de penitencia, sin ese espíritu que domina las inclinaciones naturales de la carne y las combate. Cada vez que las inclinaciones de la carne se hacen sentir, la penitencia debe venir a separarnos de esta inclinación y a hacernos expiar las debilidades que hayamos podido tener en el pasado.

Pero no os equivoquéis en esto. En vano seríais penitentes, aunque os quebraran los golpes de la disciplina, os extenuara el hambre, si deseaseis agradar a los hombres, si os buscaseis a vosotras mismas, si, teniendo penitencia corporal, no tuvieseis las otras virtudes que antes he mencionado, si no tuvieseis aquella santa pureza que os hará agradables a Dios. La penitencia debe ser, pues, la servidora de las otras virtudes, pero debe estar ahí para dar al alma la fuerza de elevarse a Jesucristo resucitado.